











**MI ABANDONO**

Peter Rock

**TRADUCCIÓN**

Micaela Ortelli

Rock, Peter. Mi abandono / Peter Rock. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2018. 216 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-4086-38-9

1. Literatura Contemporánea. I. Ortelli, Micaela , trad. II. Título. CDD 813

**Título original**

My abandonment

Copyright © 2009, 2008 by Peter Rock Published by special arrangement with International Editors Co and Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company.

© 2019 Ediciones Godot

**Traducción** Micaela Ortelli

**Corrección** Renata Prati

**Diseño de tapa e interiores** Víctor Malumián

**Ilustraciones de Adehoidar**

**© Ediciones Godot**

[www.edicionesgodot.com.ar](http://www.edicionesgodot.com.ar)

[info@edicionesgodot.com.ar](mailto:info@edicionesgodot.com.ar)

[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

[Instagram.com/EdicionesGodot](https://www.instagram.com/EdicionesGodot)

Buenos Aires, Argentina, 2019

Impreso en Porter, Plaza 1202,  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
República Argentina, en agosto de 2019



Es notable cuántas criaturas viven libres y salvajes en secreto en los bosques, pero se alimentan en los alrededores de los pueblos bajo la sola sospecha de los cazadores.

HENRY DAVID THOREAU,  
*Walden*

Inmediatamente después, vi una pequeña víbora. Se arrastraba por el camino. Cuando veo víboras me gusta detenerme y observar. Llevan un traje ajustado, no pueden deshacerse de su ropa como los pájaros. Pero las víboras son rápidas. Se mueven de un modo tan bello. Sus ojos son brillantes y sus lenguas son finas.

OPAL WHITELEY,  
*El arroyo canta donde crecen los sauces*



Aunque el autor se inspiró en hechos reales, esta novela es una obra de ficción. Caroline y su padre, y todos los demás personajes, lugares, instituciones y acciones, son producto de la imaginación del autor o utilizados de modo ficcional con fines de verosimilitud. Todo parecido con personas, vivas o muertas, hechos o lugares reales, es enteramente casual.

Para Ida Akiko Rock



# Uno

**A**VECES VAS CAMINANDO POR el bosque y salta un bicho, te pica en la espalda y en los hombros varias veces y se pierde otra vez en las plantas. No se puede hacer nada más que seguir caminando. Hay que estar preparada para todo, como yo mientras sigo a Padre bajo los árboles, bordeando un charco hacia el alambrado que rodea el galpón de chatarra. Es de noche.

—Caroline, pasa por aquí —dice, abriendo un hueco donde está rajado el alambre.

Empieza a hurgar y separar cosas. Busca acero y metal para sostener nuestro techo. Miro la ruta, la entrada del depósito y hacia atrás por donde vinimos. Pasan autos y camiones por la autopista. Las personas adentro miran hacia adelante y piensan en el lugar al que van y en lo que sucederá después y tal vez en lo que estaban haciendo antes, pero no van pensando en nosotros ni nos miran. No hay casas cerca. Hay una central eléctrica bullendo dentro de su propio alambrado, y del otro lado el Fat Cobra Video, donde Padre dice que venden víboras pero no le creo. En la vidriera hay fotos de mujeres con el torso desnudo agarrándose los pechos.

Ahora saca unas barras largas y delgadas y separa unas chapas. En una mano tengo a Randy, mi caballo de juguete. Nunca lo suelto por mucho tiempo. Randy y mi cinta azul siempre están conmigo.

—Ves, Caroline, el trabajo que hago ordenando todo esto —dice Padre—. Así es como le pagamos a esta gente por lo que nos llevamos.

—Sí —respondo con la mitad de la vista en la estación de tren a oscuras detrás de la autopista y los autos con sus luces diminutas sobre el puente que cruza el río.

Las barras y el alambre están felices de venir con nosotros porque les daremos utilidad en lugar de dejarlos oxidar en una pila de basura. Padre vuelve a colocar el alambrado de manera que nadie notaría que alguien pasó por aquí. En una mano llevo un rollo de alambre que nos ayudará a sujetar el techo, o que podremos doblar para colgar un estante o construir cualquier otra cosa secreta que a él se le ocurra. Y en la otra, a Randy haciendo sonar las cosas que le pongo adentro. Tapo con el dedo el agujero de su estómago.

—Caroline, no te retrases.

—Estoy aquí.

Padre tiene que retroceder una y otra vez porque es difícil llevar las barras de metal entre los árboles en la oscuridad. Se enganchan en la maleza y lo hacen girar a cada rato.

—Si miras el cielo puedes saber hacia dónde caminar por los huecos entre los árboles —digo.

—Gracias. ¿A que no sabes quién te enseñó eso?

De noche el aire es menos seco y se siente más la frescura de los árboles. Una rama se desprende y cae. ¿Son ardillas allá arriba? ¿Una lechuza? Todo en la oscuridad se manifiesta tal cual es y de noche nos calzamos, así que es más difícil sentir. Entramos más en el bosque, nos alejamos del límite donde empieza la ciudad. Sé dónde estamos. Sé cómo volver a casa y adónde llegaría si caminara durante media hora en cualquier dirección. Si retengo la respiración y dejo que Padre se aleje, no oigo sus pisadas, ni siquiera cuando lleva calzado. Así de bueno es.

Después, el aire se pone denso y hay un olor repulsivo. Padre me toma del brazo. Escucho el clac y veo encenderse su linterna minera. Recoge un manojito de arándanos, paso por abajo y en el suelo hay una cierva con el cuello roto. Le faltan los ojos

y tiene sangre en su nariz negra. La luz es un círculo blanco de doce centímetros deslizándose a lo largo del cuerpo. La cabeza, las pezuñas, la cola. Tiene casi el mismo tamaño que yo y la piel marrón suave. Las moscas saltan y le zumban encima. El estómago está abierto y le faltan algunas partes.

— Ese es el hígado — dice Padre señalando con una rama —. Los pulmones, el corazón.

— ¿Fueron los perros? El olor...

— Aguanta la respiración. Quizás fueron los perros o los coyotes. Le pueden haber disparado, o estaba enferma, o tal vez se cayó y se rompió el cuello. Los animales también se caen a veces.

— Lo sé.

— Observa con cuidado, Caroline. Esto es una clase. Mejor que cualquiera que podrían darte en la escuela, eso seguro.

Padre me mira y no llego a cerrar los ojos para que no me encandile. Escucho el clac, así que sé que apagó la linterna y los ojos tardan un segundo en aclararse para poder seguir caminando.

Un poco más adelante, el terreno por fin se asienta y Padre se detiene y suelta las barras de metal. Las cubre con maleza, aunque es completamente improbable que alguien venga aquí y las encuentre y quiera llevárselas, si es que puede hacerlo.

— Listo, lo hicimos otra vez, Caroline.

Nos vamos acercando a casa y solo pisamos las piedras. Yo las primeras, Padre las que siguen. Así no aplastamos el pasto. Llegamos por el costado y Padre quita con cuidado la rama que traba la puerta y nos sentamos en la punta del colchón un momento, hasta que agarra un fósforo y enciende la lámpara. La lámpara está hecha con una botella de vidrio, combustible y una soga. Desde el fondo de la cueva, las letras doradas de mis enciclopedias devuelven el brillo. Solo tengo hasta la L pero todavía no leí más allá de la E. Empezaré con la F, la G y el resto cuando mencionemos algo con esas letras. Mi diccionario está allí también, un libro más pequeño de tapa blanda.

La altura del techo me permite andar de rodillas pero Padre tiene que estar sentado o gatear. Vuelve a colocar la rama en la puerta y me mira.

—Tenemos suerte —dice—. Nosotros somos los que tenemos suerte.

—Sí.

—Tenemos que tener cuidado estos días.

—¿Por qué?

—La gente.

—Nadie sabe que estamos aquí.

—Cuando piensas así es cuando te atrapan. Cuando te confías.

—Nunca nos atraparon. Nadie pudo.

—Eso no quiere decir nada. Sabes más que mirar el pasado, Caroline.

Dejo a Randy en su soporte de madera con el poste de metal del tamaño de un lápiz que cabe en el agujero de su estómago. Lo giro para que quede del lado blanco, así puedo verlo en la oscuridad desde el colchón.

Los platos de la cena ya están secos y los apilo en los estantes. Padre se quita los pantalones oscuros que usa para andar en el bosque y cose un agujero con hilo dental. Después hace anotaciones en letra pequeña sobre los libros que está leyendo, y yo hago ejercicios y en los restos de papel también escribo parte de este diario y cosas que vi y pensé. La mano abierta de Padre es más grande que su cuaderno, más grande que los platos donde comemos, la punta de los dedos los sobrepasan. El libro parece diminuto en su mano.

Nos lavamos los dientes y escupimos en el balde de uso interno, nos cambiamos y nos acostamos. Padre lleva los brazos sobre la cabeza y sus manos por poco alcanzan la piedra y el horno Coleman. A veces, los cruza mientras está dormido, y sus pulseras hacen un tintineo suave al juntarse las muñecas. Se supone que le dan fuerza. Cuando le digo que soy yo la que necesita más fuerza, dice que yo nunca vi las cosas que él vio ni tuve sus problemas. Dice que soy muy joven para usar pulseras. Se da vuelta y me da un beso, su mejilla raspa.

Si un párrafo es una idea, una idea completa, entonces una oración es una parte de una idea. Como en una suma, en la que un número y otro dan como resultado un número más grande. Si se escribiera en resta empezarías con una idea y le quitarías lo necesario para que ya no esté completa. Podrías escribir para atrás, o no escribir nada, o menos que nada. Ni siquiera pensarías ni respirarías. Una coma, ese es el lugar donde respiras o piensas, así es como respirar y pensar son lo mismo. Recogen o son lugares para recoger. El punto y coma es un tipo de pensamiento extraño que no entiendo. Es más que una oración dentro de una oración. Tiene más sentido para mí simplemente dejar que cada oración sea una oración. Padre dice que ambos lados del punto y coma deben decir algo sobre una misma cosa, aun si uno de los lados es solo una lista. Algunas de las cosas sobre las que tengo que escribir: Randy, los puestos de observación, cuerpos, nombres, Sin Nombre, las personas cuando creen que nadie las ve, la nieve, camas elásticas, helicópteros.

—Despierta —digo—. Estabas soñando, ¿otra vez los helicópteros?

—Oh. Supongo que sí, estaba soñando.

—No puedo ver la luna. Está oscuro.

—Son las nubes. Tal vez mañana llueva.

—¿Soñabas con helicópteros?

—Oh, Caroline. Se juntaban encima de los árboles, agitaban y rompían todo. Tenían altavoces y hacían el ruido de un bebé llorando, llorando muy fuerte.

—¿Por qué? ¿En el sueño?

—No, eso era antes, no lo sé.

—¿Por qué harían eso?

—Exacto, no lo sé, duérmete, Caroline.

En verano, como ahora, dormimos sobre las bolsas de dormir y nos tapamos con una sábana, y en invierno juntamos las bolsas porque es más abrigado. Cuando yo era más pequeña había más espacio, pero ahora no hay forma de que nuestros brazos y piernas no se toquen. No me puedo dormir y no me doy cuenta

si Padre está dormido o no. No puedo dejar de pensar en la cierva muerta a menos de un kilómetro. Escucho a los animales llevarse arrastrando sus partes. Padre ya no crece pero es el hombre más alto que vi en el bosque, más grande que cualquiera en la ciudad, excepto los hombres muy gordos que no pueden moverse como él. Yo también soy ágil pero mucho más delgada y mido un metro cincuenta. Tengo pelo oscuro largo enmarañado y mi piel es tan blanca que debo cuidarme porque brilla en la oscuridad.

Se escuchan al mismo tiempo un gemido, un gruñido y una nariz olfateando, mientras un hocico atraviesa nuestra puerta. Son algunos de los perros que andan por el campamento y Padre pega un grito y golpea una sartén con una cuchara y se van enseñuida. Ahora sé que está despierto.

— A la líder le puse Lala — digo.

— Si son tan amigas podrías decirle que de noche intentamos dormir aquí.

— Pensaba en la cierva muerta.

— ¿Qué pasa con ella?

— Nada — digo con la planta de los pies sobre su pierna —.

¿Cuál es tu color preferido?

— ¿Cuál es el tuyo?

— Amarillo.

— ¿Por qué?

— Por cómo me hace sentir. Es brillante, no es opaco.

— Exacto, es llamativo. A mí me gusta el verde.

— Qué original — digo, y se ríe y me acerca más a él —. ¿Y cuál era el color preferido de mi madre?

— Amarillo, como el tuyo.

— Entonces por ella es mi color preferido.

— Probablemente. De alguna manera, sí. Eres muy parecida a ella.

— Y tenemos el mismo nombre.

— Tenía tu mismo nombre, sí, Caroline.

— ¿Por qué me pusiste su nombre?

— Porque la amaba mucho. Ahora duérmete, es la madrugada, Caroline. Siempre te cuento eso.

- Desearía haberla conocido.
- Ella también. Buenas noches, amarillo.
- Buenas noches, verde.

Como ya tengo trece me puedo levantar a la hora que quiero. Incluso antes de que salga el sol, como ahora. Padre duerme boca abajo con la cabeza en la almohada y los brazos debajo. Las manos enormes sobre la tierra. Si duerme boca arriba, ronca, y lo tengo que despertar para que se dé vuelta porque es de noche y hace ruido.

El cierre está frío pero la mañana no tanto. Me visto con los jeans negros y el suéter verde oscuro sobre la camiseta y saco a Randy del soporte y lo dejo sobre la almohada junto a Padre. Agarro el balde que usé una vez anoche y el balde del agua y salgo y no vuelvo a poner la rama en la puerta como cuando nos vamos o estamos durmiendo. En invierno colgamos una manta de lana blanca del lado de adentro para mantener el calor.

Los bichos ya se despertaron, el aire está cálido y no necesito el suéter. Padre dice que ahora debo usar dos camisetas aunque mi pecho sea prácticamente plano. En invierno uso suéters y un sobretodo oscuro. En el campamento de los hombres usan bolsas de plástico con agujeros para los brazos y la cabeza pero Padre dice que no está bien. También en invierno uso medias debajo de los jeans. Padre usa ropa interior larga todo el año. Las piernas grises y la parte de arriba roja. Usa una camisa oscura a cuadros que huele a lana. Y a él, su pelo y todo.

Camino bajo los árboles pisando las piedras, y paso mi jardín secreto. La lechuga es fácil, aunque sea difícil de limpiar. Las chauchas necesitan más sol del que les da y soy impaciente y cosecho los rabanitos antes de que estén.

Las ardillas rayadas corren más rápido que las comunes, pero las comunes están más atentas, girando la cabeza de un lado al otro desde las ramas. Las ardillas a veces se caen, aunque viéndolas parece imposible.

Pequeños arces intentan crecer a través de la hiedra que Padre odia. La tierra es dura y empinada y a veces camino sin

pensar y otras me voy diciendo por dentro “despacio, Caroline. Mira eso. Caroline, cuidado, tienes suerte”.

Nuestro arroyo es estrecho, especialmente en verano. Esta es la piscina de donde sacamos el agua que tomamos y más allá hay otra donde nos bañamos cuando hace calor. Tenemos tachos y barriles que recogen agua de lluvia en otros lugares. El retrete está escondido lejos. Es una zanja con una bolsa de cal y cavamos una nueva cada dos semanas. Hay formas correctas de hacer todo en el bosque para no llamar la atención. Si le sacas punta a un lápiz, levantas las virutas. Si quemas papel, hay que desparramar las cenizas.

De vuelta a casa, voy alternando el balde de mano en mano. Paso el vacío a la mano cansada. Observo todo alrededor al acercarme. Nos mudamos tres veces desde que vinimos a vivir al bosque y no quiero hacerlo otra vez. No hay animales en los árboles, solo los pájaros, y ahora que el cielo aclaró, cantan.

Padre duerme en la misma posición que antes. De repente se crispa como si fuera a empezar el sueño de los helicópteros pero enseguida se queda quieto otra vez. A veces, justo cuando está por dormirse, sacude los brazos y las piernas y se despierta o me patea.

Dejo los baldes sin hacer ruido. Las piedras todavía están frías así que me paro en un pie y después en otro. Podría meterme en la cama y leer pero lo despertaría, así que trepo al árbol donde está el puesto de observación.

Los helechos también crecen alto en los árboles, pero no tanto como para alcanzar el puesto de observación. Las ardillas chillan, suben y bajan de los troncos en círculos una detrás de otra. Me resulta fácil trepar, especialmente descalza. Las ramas son como una escalera. La plataforma está a casi treinta metros, dice Padre, y en la parte de abajo tiene ramas sujetas para que no se vean las tablas. Desde la plataforma puedo ver todo lo que nos rodea. Puedo ver las rocas que no parecen un camino a no ser que sepas que son el camino que usamos para no dejar rastro. Veo el lugar donde está mi jardín secreto y la rama cruzando la puerta de casa, que es imposible de ver ya que se puede caminar por el

techo y los helechos crecen allí como en el suelo, incluso los pequeños arces con sus hojas de cinco puntas. La casa es como una cueva salida hacia afuera con un techo de ramas y alambre y metal con toldo y plástico encima, y luego la tierra donde crece todo lo demás. Solo Padre y yo vemos que es una casa.

Puedo ver muy lejos entre los árboles. El bosque se extiende de unos trece kilómetros a lo ancho y nuestra casa está más o menos en el medio. Hay casi dos kilómetros entre nuestra casa, los campos y las granjas, y luego la tierra se inclina cuesta abajo otros dos kilómetros para el otro lado, hacia la ruta y la ciudad, la vía y todas las piezas de metal y camiones y contenedores donde Padre dice que vive gente. El verde claro del puente St. Johns atraviesa el río hasta el Safeway y la biblioteca y todo lo que hay de aquel lado. En el río hay un barco largo con una cuerda roja alrededor flotando en el agua.

Escucho un crujido debajo y una rama que se corre, la mano de Padre se asoma y luego se oye su voz.

—¿Dónde está mi niña?

—Aquí arriba.

En lo que tardo en bajar, el horno Coleman verde ya está afuera sobre la piedra con la pava encima, la llama azul se estira y contrae. Hay que estar atentos a que no hierva el agua porque Padre le quitó el silbato al pico.

El desayuno es avena fría y damascos secos y bebemos agua caliente.

—Hoy vamos a la ciudad —dice Padre.

—Mañana, hoy es martes.

—Necesitamos algunas cosas. Leche en polvo, avena, tu apetito no para de crecer.

—Yo estoy creciendo.

—Exacto —dice y sonrío y se le forman líneas alrededor de los ojos—. Como sea, está bien tener responsabilidades y una rutina, pero tampoco hay que dejar que te condicionen la vida.

Nos ponemos la ropa de ciudad. La que usamos en el bosque es oscura para que no nos vean y pueda ensuciarse más, pero

si fuéramos vestidos así a la ciudad pensarían cualquier cosa. Me pongo la camisa y el pantalón marrón y me hago una trenza.

—Ten cuidado con todo lo que requiera ropa nueva —dice Padre. Se ríe y se pone una remera y veo mi nombre, Caroline, tatuado en el brazo a la altura del hombro en letra cursiva, y después se prende la camisa amarillo claro hasta el cuello.

La mochila de Padre tiene el marco de metal cubierto con cinta negra para que no brille. Mi mochila es azul y no tiene marco. En el campamento de los hombres dejan que se acumule basura pero nosotros no. La llevamos en la mochila en bolsas de plástico. También meto a Randy con la cabeza afuera y ya estamos listos para salir.

—Cariño —dice Padre. Me gusta que me llame así.

En una mano lleva un libro. Para mí las enciclopedias son demasiado pesadas y el diccionario es aburrido porque te hace ir y venir sin nunca decirte lo suficiente sobre una cosa, una forma de leer que no me gusta.

El día se abre por completo mientras caminamos por nuestro sendero secreto bajo los árboles y el sol. Se puede comprar un mapa con todos los senderos del bosque pero el nuestro no estará en él. Nuestros senderos corren a la par de algunos de esos senderos y carriles de incendio para las personas de la ciudad, pero son distintos. Voy detrás de Padre, le creció el pelo y lo peinó con agua. Es negro y gris oscuro.

—¿Cómo puede ser? Cuando te corto el pelo dices que los pájaros se lo llevan y lo usan para hacer sus nidos pero igual nos haces alejar tanto de casa, cuando solo los pájaros lo verán y se lo llevarán.

—Así es.

Las hojas son como un tejido de encaje y la luz lo atraviesa. En los arbustos crecen bayas rojas. Trepamos por cascadas secas, hay raíces de árboles apuntando hacia arriba. Algunos se caen encima de otros y nunca llegan a tocar el suelo, quedan en el aire como la hipotenusa de un triángulo. Sopla el viento y crujen al frotar contra el árbol que los sostiene y en una tormenta pueden venirse abajo.